

—No: yo recuerdo una y cien veces la salvación de manos de un demonio, eso es humillante; los que hemos pertenecido á la monarquía, no nos repartiremos hasta el grado de aceptar semejante alternativa.

—Entonces dejame oír, con entera libertad; pero necesito de ti.

—En qué manera? ¿quieres que te enseñe á hablar como un hombre?

—Es necesario que te enseñe una copla colorada; que sacada el relato de Zaragoza y el de Juaréz; es necesario irse disponiendo.

—Tenemos un cambio de frentes, ¿no es así?

—No: de espaldas; porque la situación es antagónica.

—Doña Canuta envió por cada una de las coplas del diplomático y así.

—Corra usted, una vez más, los relatos de Juaréz y Zaragoza.

—La luna del imperio decididamente entra en el cuarto de las mujeres.

—Sí, evitémosla.

El infeliz esposo de Efigenia se paró con la mayor calma del mundo, tomó el sombrero y salió en busca de su adorada mitad.

### CAPITULO TERCERO.

#### EL DESTINO.

##### I.

—Canuta, dijo el diplomático, si yo me encontrase en el lugar de Cantolla, en el salon formado en los corredores de la casa de don Alfonso, por cortinas blanquísimas de brin, puestas sobre varillas que mediaban de columna á columna, se encontraban las tres heroínas de esta novela, es decir, las tres figuras interesantes, Luz, Clara y Guadalupe.

Aquellas jóvenes hermosas como las náyades de un lago, se entretenían en bordar en un bastidor una elegantísima colcha, que habian prometido á don Alfonso en cambio de unas sortijas.

Las tres amigas reían con estrépito á causa de algunos puntos errados, que hicieron aparecer las alas de un pavo, naciéndole del pescuezo.

Las tres se disculpaban procurando que la falta recayese en las compañeras.

Luz, que tenia un humor bellissimo, dijo á Clara:

—Recuerdas el avestruz que le hicieron llevar á mamá en el peinado la noche del baile?

—Fué de mala intencion.

—Yo estaba quemada.

—Y yo frita.

—Ay Guadalupe! un alférez, llamado Poleon, se encargó de estropear á la infeliz de mamá.

—Y lo consiguió, amiga mía.

—He oido un cuento, dijo Luz con misterio.

—Ola! tenemos crónica escandalosa? Vamos, Luz, desata la lengua.

—Han de saber ustedes, que una cosa que se llama el señor de Cantolla, está casado con otro objeto que se atreve á llamarse doña Efigenia.

—Ah, sí! ya caigo; algo he percibido tambien. Continúa.

—Pues señoras, esa esposa de Cantolla, se largó anteanoche con el alférez Poleon.

—Qué barbaridad!

—El alférez la condujo á un carro donde habia sacos de cebada, y la depositó entre ellos.

El señor Cantolla presentó su queja á la autoridad, y se procerió al cateo de los carros y acémilas.

Doña Efigenia fué sorprendida infraganti, con una cachucha del alférez con su correspondiente paño de sol, que le servia de velo.

El sargento de zuavos la hizo bajar del carro, y la entregó á su desolado esposo, el cual se permitió darle una docena de puntapiés de lo lindo.

Aseguran que ha pedido el divorcio. Estos franceses son el demonio! A nadie le hubiera ocurrido semejante atrocidad! ¡robarse á una gorda!

Guadalupe se reía locamente.

—Cuidado! dijo Clara, que yo tengo mis tendencias á la obesidad, y tengo sérios temores sobre mi porvenir en cuanto al volúmen.

—Pero tú serás una gorda encantadora, la Efigenia de la belleza.

—Dios mio! ese es muy poco espiritualismo: á mí me parece que las gordas tienen embotada la fibra del sentimiento.

—Yo soy de la misma opinion, dijo Guadalupe; en Morelia hay una señora que ha enviudado ya cinco ocasiones y no se ha muerto de la pesadumbre; todos los achacará á la gordura de la viuda.

—Yo creo que tienen razon.

—Figúrense ustedes un Romeo gordo, y una Julieta de catorce arrobas.

—Las gordas son unos imposibles.

—Dejame solo, dijo don Alfonso, necesito hablar con un individuo un negocio reservado.

—No hay duda, es el dueño para el señor Alfonso; yo tengo que hablar con enteridad; no puedo permitir esos amores; yo no debo hacerme con esta broma; cuando entró el criado precipitadamente.

—Que pasa? dijo Clara.  
—Que un carruaje se ha hecho pedazos contra los árboles, el caballo que venia adentro se ha salvado milagrosamente, y pide permiso para entrar en la casa mientras llega su otro carruaje.

—Que pase al momento, dijo Clara.  
A los pocos instantes, un joven alto, de patillas rubias abiertas por el medio y cayendo sobre su pecho, de ojos claros y de semblante adusto, se presentó en las escaleras del corredor.

—Buenas tardes, dijo con acento extranjero.  
Las jóvenes, que estaban atentas esperando la llegada del caballero, exclamaron á la vez:

—El emperador!  
Guadalupe, no pudiendo sufrir la emoción, cayó desmayada.

Maximiliano, á fuer de galante, se acercó á la joven, fijó en ella su mirada, y luego que la hubo reconocido se puso intensamente pálido, sus manos comenzaron á temblar, y sin notarlo dijo emocionado:

—¡Guadalupe!  
Clara y Luz se vieron asombradas.

Maximiliano balbució algunas excusas y salió inmediatamente de la casa.

—Guadalupe se reía locamente.  
—Clara dijo Clara, que yo tengo mis tendencias á la opesidad.  
—Pero tú estás una gorda enana, la Eugenia de la belleza.

## III

—Dices bien eso es muy poco espiritualismo: á mí me parece que las cosas tienen embotada la fibra del sentimiento.  
—Yo soy de la misma especie.  
Clara informó á su padre de lo que había ocurrido.

Don Alfonso se quedó confuso y pensativo.  
Había caído la noche, cuando un carruaje se detuvo á la puerta de la casa.

—Señor, dijo el lacayo, un caballero pide permiso para hablar reservadamente al señor Rodriguez.

—Dejadme solo, dijo don Alfonso, necesito hablar con un individuo un negocio reservado.

—No hay duda, es él, decia para sí don Alfonso; yo tengo que hablarle con entera franqueza; no puedo permitir esos amores; yo no debo hacerme cómplice por ningún motivo.

—El emperador entró en la sala.

—Señor, dijo don Alfonso haciendo sentar á Maximiliano; en qué puedo servir á V. M?

—Caballero, aquí no soy el emperador; soy un hombre arrastrado por la desgracia á una situación horrible.

—No comprendo.

—Voy á esplicarme con entera franqueza.

—Ya tengo el honor de escuchar á V. M.

—Hace tiempo que en mi estancia en Cuernavaca he conocido á una joven á quien amo violentamente.

—Me permitirá V. M. explicarle el motivo de su permanencia en esta casa? Yo soy amigo de Pablo Martinez, el hermano de Guadalupe: él me la ha confiado, y no seré yo quien abuse de esa confianza depositada en mí.

—Yo no intento, caballero, una complicidad; ni os hago la ofensa de creerlos capaz de entrar en un pacto criminal.

—V. M. me conoce bien.

—Sí, caballero; solamente he venido á pedir os un favor.

—Diga V. M. y como supongo que no aventurará una sola palabra indigna de su fama ni de mi nombre, estoy dispuesto á todo.

—Caballero, esa mujer está pura como un ángel.

—Lo sé, señor; hay almas que no se han empañado nunca con la mentira.

—Pues bien, caballero, yo os confieso que he cometido una mala acción ocultándole mi nombre, la he dicho ser un capitán de la guardia imperial, y ella me ha amado.

—Lo sé tambien.

—Yo tengo remordimientos, necesito pedir perdón á esa criatura; permitidme, yo os lo suplico en nombre de vuestro honor.

—Bajo vuestra palabra os lo permito.

—Levantóse don Alfonso, y llamó á Guadalupe que entró demudada en el salon.

El español se retiró á la pieza inmediata.

—Si tú estás el ángel de mi vida, Guadalupe, sé que no me olvidarás nunca.

—Almame amigo mi almame, Guadalupe, sé que no me olvidarás nunca.

—Almame que el llanto.

## IV

—Almame, amigo mi almame, Guadalupe, sé que no me olvidarás nunca.

—Guadalupe, dijo Maximiliano levantando la voz para que don Alfonso oyera su conversacion, yo te he ofendido.

— Todo lo he olvidado, señor.

— Desde aquella noche funesta no he cesado de pensar en ti; quería encontrarte, para pedirte perdón.

— Evítad, señor, la humillación que debe sufrir vuestro espíritu.

— Cuando un hombre ha delinquido, no tiene mayor satisfacción que la de confesar sus faltas y arrepentirse.

— Cuando las reparaciones tienen algún objeto, todo se acepta; pero cuando no hay porvenir, no se aceptan.

— Esto es horrible! exclamó el austriaco. Yo no pretendo seguir unas relaciones que te deshonrarían, yo sacrifico mi cariño y mis esperanzas ante ti.

— Mucho os debo, señor.

— Compadécete de mí, mírame solo, aislado en el mundo, con el corazón hecho pedazos; y sin embargo, dándote el último adiós; porque esta noche es la última que nos veremos.

Guadalupe sintió anudarse su garganta. Por un esfuerzo supremo contuvo el torrente de lágrimas que se agolpaba á sus pupilas.

— Vengo, dijo sombríamente Maximiliano, á pedirte perdón, á ofrecerte mi vida.

— Levantad, señor, levantad; esto es ya demasiado para un corazón de mujer.

Alzóse el emperador, y cruzado de brazos enfrente de Guadalupe, permaneció en silencio, brillando en sus pupilas los relámpagos de esa tormenta que agitaba su corazón.

— Vengo á recordarte tu última promesa.

— Callad, por compasión!

— Tú me has ofrecido acompañarme en mis últimos momentos, si la revolución abre á mis pies una tumba!

— Lo juré, exclamó Guadalupe con acento solemne; es un deber que me he impuesto y lo cumpliré.

— Si, tú serás el ángel de mi agonía; yo estaré tranquilo y tú me darás fuerza para afrontar las vicisitudes.

— Adios, dijo Guadalupe sollozando, adios! plegue al cielo que no nos volvamos á ver!

— Adios, murmuró Maximiliano; la tormenta del infortunio ruje en el fondo de mi corazón!... el todo por el todo, ¡adios!

— El emperador entró en la sala.

— Señor! exclamaba desde el fondo de su alma al ver de mi mano estos pensamientos sombríos, que arrojan la desesperación en mi existencia: si mi hija ha de ser desgraciada, ábremela la tumba, yo no tendré valor para...

## V.

Guadalupe se quedó como herida por un rayo, en esa atonía espantosa del sufrimiento.

## IV.

Clara y Luz, que todo lo habían presenciado, la acompañaban conmovidas.

— Si, decía Guadalupe, yo le amo con todo mi corazón; he callado mucho tiempo, pero ya me ahogaba este secreto, que el destino ha venido á descubrir. Si, amigas mías; ustedes aman como yo; pero son felices y sueñan en el porvenir; yo tengo delante el abismo y la desesperación.

— Cálmate, Guadalupe, le decían las jóvenes; nosotras comprendemos tu amargura y respetamos tu desgracia; pero Dios está por cima de todo, y él te dará el consuelo que tanto necesitas.

— El me ha abandonado, soy muy desgraciada! amar á un hombre hasta el delirio, llevar su imagen en el centro del alma, respirar con su aliento, ver por sus ojos, no conocer mas horizontes que los que cruza esa sombra, entregarle toda el alma, soñar en un cielo azul y un campo de flores, para arrancarse despues de ese paraíso y de los perfumes de esas flores, y hallarse en la playa de un mar inquieto y tormentoso!

— Es muy desgraciada! murmuró Clara temblando de emoción.

— Para qué verle por la última vez? ¿no estaba satisfecho el cielo de mis dolores para que me arrojase delante de ese hombre á quien no puedo dejar de amar? Dios mio! Dios mio!

— Esto es horrible! murmuró Luz.

— Yo necesito llorar; pero llorar á torrentes!... ya me he arrancado á pedazos el corazón, ya no tengo lágrimas que verter, y el dolor sigue devorando una existencia que ya no me pertenece!

— Cálmate, amiga mia, cálmate, no te aflijas.

La joven entró en el silencio de la aficción, en esa concentración mas amarga que el llanto.

Las dos amigas la contemplaban tristemente, dolidas de esa angustia que marchitaba el alma virgen de aquella criatura.

Don Alfonso, en un rincón del aposento, pensaba sin querer en la suerte de su hija.

— Señor! exclamaba desde el fondo de su alma; aleja de mi mente estos pensamientos sombríos, que arrojan la desesperacion en mi existencia: si mi hija ha de ser desgraciada, ábreme la tumba, yo no tendria valor para verla padecer!

## VI.

Maximiliano se echó fuera de la casa, loco, delirante, hablando palabras incoherentes, que revelaban el éstravio de su alma.

¡Pobre archiduque! su estrella se habia nublado por completo. El mundo de sus esperanzas se perdía en el infinito de su fatalismo.

Caminaba apresuradamente por la calzada de San Cosme.

El ruido del agua que se desprendía de un arco fono del acueducto, llamó su atencion y se detuvo.

A pocos momentos, un hombre hizo alto junto al emperador, lo examinó, y seguramente no encontró en él nada de sospechoso, pues se quedó á pocos pasos del austriaco.

Habían pasado algunos momentos, cuando una muger, que tenia trazas de sirvienta, pasó junto al individuo que llegó despues de Maximiliano.

— María! gritó el hombre.

— Julian! contestó la muchacha, ¿qué dirás?

— Nada; hace una hora larga que paseo por frente de las ventanas.

— Hemos tenido una revolucion espantosa.

— Se ha enojado el amo?

— No; don Alfonso nunca regaña, es el amo mejor que he tenido.

— Pues entonces, qué ha pasado?

— Ay Julian! si tú vieras que una niña hermosísima que ha venido de Cuernavaca, ha tenido segun dicen, un encuentro con su novio; yo no sé lo que ha sucedido, pero la niña Guadalupe está malísima, le sacuden los nervios que da miedo; temen seriamente que pueda volverse loca.

Maximiliano se estremeció como si lo hubieran tocado á la pila de Volta.

— Loca! murmuraba sombríamente; no, es imposible, seria una desgracia espantosa! Yo necesito volverla á ver; mi cariño crece más que nunca.... pero esa muger es inflexible, me rechazará como á un miserable.

— He oido, continuaba la sirvienta, que pronto la sacarán de México!

Maximiliano se puso á escuchar atentamente.

— Y á dónde? preguntó el individuo que al parecer era el novio de la muchacha.

En estos momentos el ómnibus de Atzacapozaleo atravesó haciendo un gran ruido, y el emperador nada pudo oír.

Cuando el carruaje se hubo alejado, ya era otra la conversacion de los amantes.

— ¿Y no ha habido razon de los niños?

— Dicen que están con los *chinacos*; yo no los puedo olvidar, eran muy graciosos; si vieras, Julian, pintaron en la pared un retrato de Maximiliano, que ni un pintor, si parece que habla: luego retrataron al chambelan de las narices y á una dama de la emperatriz.

— A esta sí la queria yo mucho, dijo Julian; dicen que tenia mucho discurso.

Maximiliano volvió en sí al oír el nombre de su esposa.

— ¡Pobre Carlota! tú sacrificándote por mí, y yo hollando tu cariño con un amor estraviado; ¡pobre Carlota!... ¿qué harás sola en el castillo de Miramar, llamándome á gritos que llegan hasta mi corazon?... yo te olvido y soy un criminal!

Al recuerdo de tanta abnegacion, de tanto heroismo, de tanto sacrificio, Maximiliano tornó su vista á la patria, donde se encerraba cuanto habia amado en su existencia!

Vió en el espejismo de su memoria el hogar paterno y el desierto castillo de Miramar. En los salones vagaba una loca agitándose en convulsiones horribles de desesperacion!

El infortunado monarca sintió todo el rigor de su desgracia pesar como una losa sobre su pecho.

— Yo necesito abandonar esta tierra de maldicion; aquí las flores exhalan veneno, el aire está emponzoñado y el sol levanta un vapor de muerte.... Sí, es necesario huir.... yo tengo miedo!...

Maximiliano se echó á andar hasta donde le esperaba su carruaje, y á toda la carrera de los caballos llegó á los diez minutos al alcázar de Chapultepec.